
Presentación al número tres de la Revista LAT

Edgar Belmont

UAQ-México/Equipo editorial Revista LAT

Sergio Sánchez

CIESAS-México

La antropología del trabajo en América Latina ha generado alternativas de análisis en los estudios del trabajo. La pertinencia social de la investigación y la relevancia de los datos (apertura al trabajo de campo) han contribuido al fortalecimiento de los estudios laborales y a superar, en cierta medida, los límites del trabajo académico. La voluntad de aprender y de construir conocimiento desde una perspectiva inductiva constituye un fundamento del análisis antropológico; en esta lógica el análisis de las situaciones sociales y la reflexividad misma de los actores son componentes de la coproducción de conocimiento y una característica del análisis situado. La articulación del contexto, en el que se desarrolla la acción, con los procesos de subjetivación que se re-producen en torno al trabajo constituye, por ejemplo, el esfuerzo de articular los cambios económicos con las prácticas y los sentidos que (re)construyen los sujetos dentro y fuera del espacio productivo.

En cuanto al tema de la acción de los trabajadores, en los estudios del trabajo han prevalecido perspectivas de análisis centradas en la conflictividad social, en los procesos de trabajo y en la regulación de las relaciones laborales. Desde la perspectiva de la sociología del trabajo clásica, por decirlo así de un modo, las relaciones sociales de producción y la disputa capital-trabajo orientaron el desarrollo de la investigación, pues en la regulación del trabajo y en la disputa por el control de la materia de trabajo se ponía en juego las contradicciones mismas del capitalismo.

La crisis de las instituciones de la sociedad salarial y la flexibilización de los mercados de trabajo son procesos que se articulan en la reestructuración productiva. Los retos teóricos que emergen con los cambios en la organización del capitalismo industrial, abriría el campo de los estudios del trabajo en la

búsqueda de nuevos marcos explicativos sobre la recomposición del trabajo y el empleo. En esta búsqueda, la antropología había generado contribuciones con el abordaje de temáticas, sujetos y espacios que quedaron al margen de la sociología del trabajo. La recomposición de la sociedad salarial pondría en evidencia, por lo tanto, los límites de los estudios “clásicos” del trabajo y la rigidez analítica en el abordaje de otras actividades laborales y en su articulación con dinámicas sociales fuera del espacio productivo.

La reorganización del capitalismo industrial y del trabajo asalariado se expresaría no sólo en el desmantelamiento de un modelo de regulación laboral, en la flexibilidad laboral, en la redefinición de arreglos políticos y productivos y en el ataque a los colectivos de trabajo; sino también en los sentidos del trabajo, en las identidades y las culturas laborales, incluso en las lógicas de reproducción social.

El estudio del trabajo “fuera del espacio productivo” ha contribuido de igual forma a analizar los procesos de subjetivación que se generan en torno al empleo y al trabajo, pero también a abordar las lógicas de reproducción social y los estilos de vida de los trabajadores, sus pensamientos y acciones estratégicas y los soportes de que disponen para mitigar y hacer frente a las tensiones sociales que se crean con el dominio de lo económico. La antropología es por lo tanto más que el uso de herramientas etnográficas, pues el uso de genealogías en los estudios de caso y de la dimensión de territorio, abre la comprensión sobre las relaciones sociales que se tejen en torno a las actividades productivas hegemónicas y alternas en un lugar.

2 

La relevancia del trabajo de campo en el análisis de las relaciones sociales y de los vínculos que se construyen con el trabajo, de las prácticas productivas y las lógicas de reproducción social, entre otros, precisa de la rigurosidad analítica y de la construcción de marcos conceptuales “acordes” -por su valor explicativo- con la comprensión de las distintas lógicas de acción que convergen en los espacios productivos. Ante este panorama, la colaboración entre las disciplinas es necesaria tanto como la disposición y la apertura del académico a identificar sus propios límites, pues en la búsqueda de la explicación y la comprensión se requiere no solo voluntad de aprender; sino reconocer que el conocimiento es un ejercicio de colaboración. El análisis del dato y el uso crítico de categorías analíticas, que son re-contextualizadas y/o (re)construidas en la escritura, dan cuenta del constante proceso de ida y vuelta que se genera en el proceso de investigación.

La vocación de la antropología social anima pues la apertura a dialogar y a abordar los temas con grupos sociales y actividades productivas diversas.

Reconociendo que el trabajo es más que un producto acabado o que una actividad productiva y que en las relaciones sociales de producción se pone en juego algo más que la reproducción material de la sociedad, la antropología abona la comprensión de la complejidad del mundo laboral. El análisis de autores como Luis Sariago y Victoria Novelo, en el caso de México, fue relevante para comprender, desde una perspectiva regional, los procesos de industrialización y, por ende, la construcción de hegemonías. Las entrevistas con las que se inicia este número expresan el desarrollo de la antropología social y su vocación a abordar (casi siempre) sujetos sociales subordinados y/o explotados: obreros, pobladores urbanos -pobres o “colonos”-, campesinos, entre otros. En este sentido, destaca que la antropología es fiel a una lógica de construcción de conocimiento inductiva y rigurosa.

La orientación y organización de los procesos de trabajo; la producción de bienes y servicios (materiales e inmateriales), las identidades colectivas, la cultura obrera, las culturas laborales, las lógicas de reproducción social y el trabajo femenino, los arreglos laborales, la conciencia y los marcos de acción de los trabajadores, las negociaciones (consensuales o conflictivas), las resistencias y oposiciones, los sentimientos de injusticia en el trabajo son, entre otros, un abanico de posibilidades en el campo de los estudios del trabajo.

La corriente crítica de los estudios sobre los procesos de trabajo pondría atención en las condiciones de trabajo de la clase obrera, dando cuenta de las resistencias (pasivas y opositoras), espontáneas u “organizadas”, de los trabajadores. El trabajo etnográfico de Robert Linhart da cuenta del entramado de relaciones sociales que se crean en el espacio productivo en el que se entrecruzan dimensión de clase, raza y género. El análisis de las relaciones sociales de producción, vista como juego social (Michel Burawoy), abre la posibilidad de pensar en los mecanismos y dispositivos que se emplean en la búsqueda del consentimiento y en la creación de subjetividades acordes con la lógica dominante.

Las reflexiones sobre la explotación de la fuerza de trabajo se acompañan de estudios sobre la resistencia obrera, que bajo una perspectiva marxista se inscriben en el análisis de la disputa capital-trabajo y, por lo tanto, de la lucha de clases. El análisis de los mecanismos de dominación y de violencia en el trabajo constituye un giro importante en los estudios en tanto se busca comprender los procesos de subjetivación que acompañan los de conversión productiva y los ajustes estructurales en la era neoliberal. La atención en la hegemonía del capital financiero contribuye a una reflexión sobre las bases ideológicas que imperan en el capitalismo contemporáneo, pues el análisis del proceso de reestructuración

productiva queda un tanto limitado sin el esfuerzo de articular analíticamente la producción de subjetividades. En esta tesitura, los estudios del trabajo dejan de ser competencia exclusiva de una disciplina, al mismo tiempo que los lugares de estudio del trabajo se diversifican.

Ir más allá del taller artesanal o de la fábrica daría pie al estudio de grupos sociales, espacios productivos y culturas laborales que habían sido marginalizados por los estudios “clásicos” del trabajo. Este movimiento ocurre en medio de la hegemonía del pensamiento neoliberal y del ataque a los referentes colectivos como el sindicalismo; frente a la fragmentación de la clase trabajadora se reconocieron sentidos y vínculos diversos con el trabajo y con el empleo. No solo se trataba de la crisis de la sociedad salarial y, por lo tanto, del desmantelamiento de las instituciones que emergieron en el capitalismo industrial; sino de una “crisis” del paradigma de la sociología del trabajo frente a interrogantes, como por ejemplo, las nuevas formas de violencia y de subordinación en el trabajo, la coproducción de la relación de servicio, las relaciones entre los géneros, la dominación patriarcal o los procesos de inserción de la fuerza de trabajo femenina en las empresas, en el marco de la globalización y de las reestructuraciones productivas, pero también, en el marco moral-ideológico que apela al mérito y al emprendimiento.

4



La diversidad de estudios sugiere un campo fértil para los estudios del trabajo, en el que sociólogos, historiadores y antropólogos juegan un papel importante. En este sentido, viejos y nuevos interrogantes aparecen, se reconstruyen y se plantean como pertinentes frente a la voluntad de conocer, la rigurosidad académica y el uso crítico de categorías que se ponen a prueba en la interpretación de los datos y en la creatividad analítica de quienes escriben. La importancia de articular los procesos globales con las lógicas de reproducción social forma parte de los retos que enfrentan las humanidades y las ciencias sociales. Difícil es sostener -hoy en día- las fronteras disciplinarias en las que se reproduce el poder del académico.

En este número nos encontramos con autores que abordan problemáticas pertinentes y que reflexionan sobre la transformación de las trayectorias de grupos sociales, sobre la violencia en el trabajo, los sentidos del trabajo y los significados de las resistencias. La disputa por el reconocimiento de actividades como el trabajo doméstico se articulan con las demandas de seguridad y de protección, no sólo en términos jurídicos y de regulación laboral desde el Estado, sino en términos sociales en tanto que la *invisibilización* de los reclamos y las quejas de las trabajadoras del hogar dan cuenta de las lógicas de dominación que reproducen actos que interrogan la dimensión de la justicia social. En este

sentido, los artículos que abordan el trabajo doméstico resaltan algo más que la frontera entre el trabajo formal y el trabajo informal y sus formas de regulación, pues se apoyan en datos diversos como los sentimientos de injusticia, las anécdotas o las situaciones sociales en las que podemos observar el entrecruce de las dimensiones de género y raza. Así aparecen a lo largo de este número, historias de otros trabajadores que están en la búsqueda de reconocimiento y de una retribución a la actividad que desarrollan; las historias y las trayectorias de los grupo estudiados son variadas, algunos han logrado ser identificados como una categoría o grupo social, como mineros, ferrocarrileros, electricistas, servidores públicos, comerciantes, músicos; otros, como los trabajadores del reciclaje de materiales de desecho urbano están en la disputa por el reconocimiento. La dimensión de respeto y de dignidad, de justicia social, la queja y la crítica aparecen en los testimonios analizados por los autores; así, la conflictividad y la dimensión de lo político son inherentes a la actividad productiva, pues en las relaciones sociales que se construyen en su esfera, se crean espacios de resistencia y de oposición, negociaciones consensuales y conflictivas, correlaciones de fuerzas sociales atravesadas por cambios sociales y económicos, por procesos que dan cuenta de cambios en las instituciones y en los territorios. La emergencia de actividades vinculadas al comercio como alternativa a la crisis de empleo; las repercusiones de los procesos de reorganización productiva (México, Argentina, Bolivia) en los colectivos de trabajo, nos dan una pauta para reflexionar sobre la conflictividad social y el Estado; esta dimensión es importante pues la extensión de la precariedad laboral nos interroga sobre las categorías y los repertorios de movilización que emplean los actores en la disputa y en la arena pública, pero también sobre las herramientas conceptuales de que disponemos para interpretar la conflictividad social en tanto referente de la lucha de clases, parece ser una dimensión que se desdibuja en los estudios del trabajo frente al dominio del pensamiento económico y la instrumentalización de una política extractivista.

En cada artículo los protagonistas son los sujetos y/o grupos sociales; los mismos dan cuenta de las derrotas con el desmantelamiento de la protección social, pero también de la creatividad y la capacidad de agencia de los trabajadores para responder a la reestructuración productiva y a los cambios políticos e ideológicos que operan en el capitalismo contemporáneo. En este tenor nos parece oportuno reproducir el poema de Alejandro Velázquez, un trabajador del sector eléctrico entre los más de 44 mil que fueron despojados de su fuente de trabajo en octubre de 2009, con el cierre de la extinta empresa pública Luz y Fuerza del Centro, quien al resistir hombro con hombro con más de 16 mil trabajadores que no aceptaron la indemnización ofrecida por el

gobierno de México, entablaron una lucha por la reapertura de alternativas de trabajo y por reconstruir de sus horizontes de vida; estas aspiraciones encuentran un soporte material en espacios recuperados, espacios que guardan identidad y en los que se ponen en juego identidades, conocimientos, creatividad, pues el derecho a emprender, nos enseñan, no es exclusivo del capital.

Estos predios

*Hace no mucho, estas bardas,
estos patios, estas naves, estos predios
le pertenecían al pueblo,
y como pueblo y para el pueblo trabajábamos en ellos.*

*Hace no mucho,
de aquí fuimos desterrados sin clemencia,
condenados al estigma y a las calles;
y en las calles levantamos nuestra voz
y ondeamos nuestra bandera.*

*Hoy, estos predios son, en parte,
el honorable triunfo de una más de nuestras justas e históricas batallas.*

*Simbolizan, además, el monumento a la victoria
erigido en memoria de nuestros hermanos muertos
y al fracaso inconcebible
de nuestro eterno enemigo y sus aliados.*

*Ni estas tierras, ni las otras,
recobradas al Sur,
al Norte y al Oriente,
por las que corren infatigables torrentes
y la vista reposa a la sombra de sus bosques
y se deslumbra ante el brillo de sus lagos,
son botín para ninguno.
En estas tierras,
todos somos siervos de todos y señores de nadie.*

*Estas tierras, que atesoran en su entraña
los nutrientes minerales de los frutos colectivos,*



*son para el trabajo arduo, constante
y conjunto de nuestra inmensa tribu.*

*Tendremos que ararlas todos,
cien y mil veces y cuantas sea necesario,
hasta volverlas propicias para sembrar
y cosechar en ellas el futuro.*